

LA NACION

AÑO I.—Núm. 22.

Santiago de Chile, Domingo 4 de Febrero de 1917

Imprenta y Oficinas: Agustinas 1269

En el Cerro del Caracol

Concepción, Enero 31 de 1917. En alguna parte hemos visto definido al "snob" como una persona que tiene a gala no manifestar admiración por nada. Pues, en tal caso, seremos nosotros los menos "snob" posible, ya que no tenemos a menos batir idealmente palmas admirativas a todo aquello que, al paso, ora sereno, ora alterado, de la vida, nos sorprende con una sensación de belleza. No éramos nosotros, ciertamente, de los que salen de la capital resueltos a hacer un gesto de elegante disgusto a cada vuelta de la esquina provincial; pero no creímos tampoco que, al arribar al primer pueblo de la vista que habíamos señalado a nuestras peregrinaciones temporales, algo melanconícas, a pesar del oficio, ibamos a encontrar, viejos amigos del mar, un mirador tan digno de él, sobre la cima del Cerro del Caracol.

El Caracol! Partis de la Alameda, ya entre pinos, cuya fragancia agreste os incita a internos cuesta arriba. Seguís la ancha senda que zig-zagea al parecer interminable, mientras os llegan desde abajo claras risas de niños que juegan, y por entre el ramaje asoman juveniles cabezas asustadas o se oyen voces veladas, con bien explicable discreción. Váis en pleno bosque, dejando a la ciudad, al río, al mar, ora a vuestra izquierda, ya a vuestra derecha, deteniéndonos, no porque la ascensional os fatigue, sino porque el encanto del paisaje se os entra y victoriósamente se apodera de vosotros. Ya van de recogida los pájaros cantores. El sol se fugó del cielo. Y los grupos de familia, en charla ruidosa, las parejas de enamorados en diálogo inefable, los paseantes solitarios en monólogo acaso triste, quizás esperanzado, abierto o bajo el brazo el libro amigo, avanzan y avanzan, camino de laaltura, coronada y circundada también de pinos olorosos.

Hagamos un alto. Sentémonos en aquel banco del recodo, y remos a la vida que allí abajo se apaga, mientras empiezan a encenderse arriba las estrellas. Pero, no, una pareja ha tomado posesión del sitio: respetemos su derecho. Aquí estamos solos. ¡Cuidado, amigo, que la poesía de tu tarde estival, va a hacernos dar de subito un salto atrás; y la puesta del sol, que sigue incendiando las aguas del río, del mar, puede tornarnos poeta...! A nuestra edad! Sin embargo, no es sólo juventud

Gustavo SILVA.

Dónde duermen los héroes en Francia

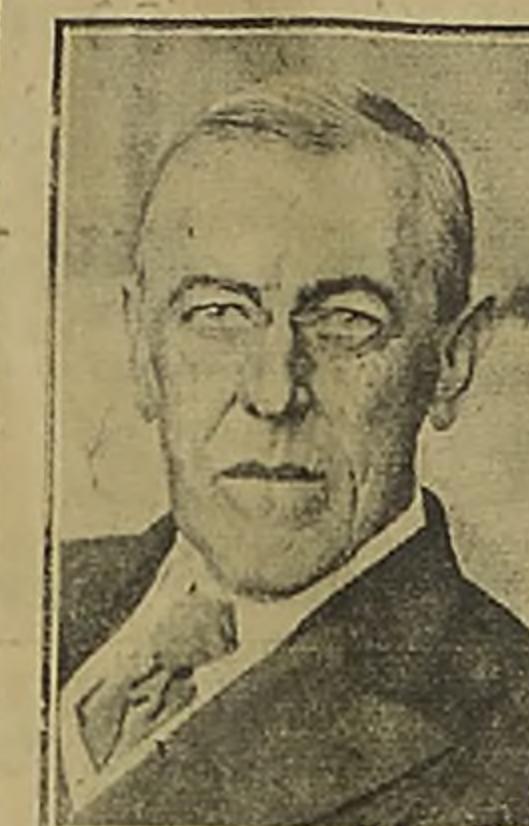
En toda la extensión de ese gran campo polvoroso, entre dunas de arena, es difícil encontrar un sitio más hermoso. Parece que os opriemian la garganta cuando se divide por primera vez; y al avanzar, cabeza descubierta hacia las sepulturas, aunque tenéis la neblina ante vuestros ojos, el sol y las flores parecen sonreiros y hablarlos de vida, y no de muerte. Está situado hacia el sur poniente como en un

LO INEVITABLE



No Sami: (My God! Yo que creía que la jaula estaba tan segura)

Ruptura de relaciones entre Alemania y Estados Unidos



Mr. Woodrow Wilson, Presidente de los Estados Unidos de América, que acaba de decidir la ruptura de relaciones con el Imperio alemán



El Kaiser en compañía del Almirante von Tirpitz, y del Almirante Holtzendorf. Como es bien sabido, el Almirante von Tirpitz siempre fué partidario decidido de la campaña submarina, sin restricciones, que ahora se renueva.

Los representantes diplomáticos

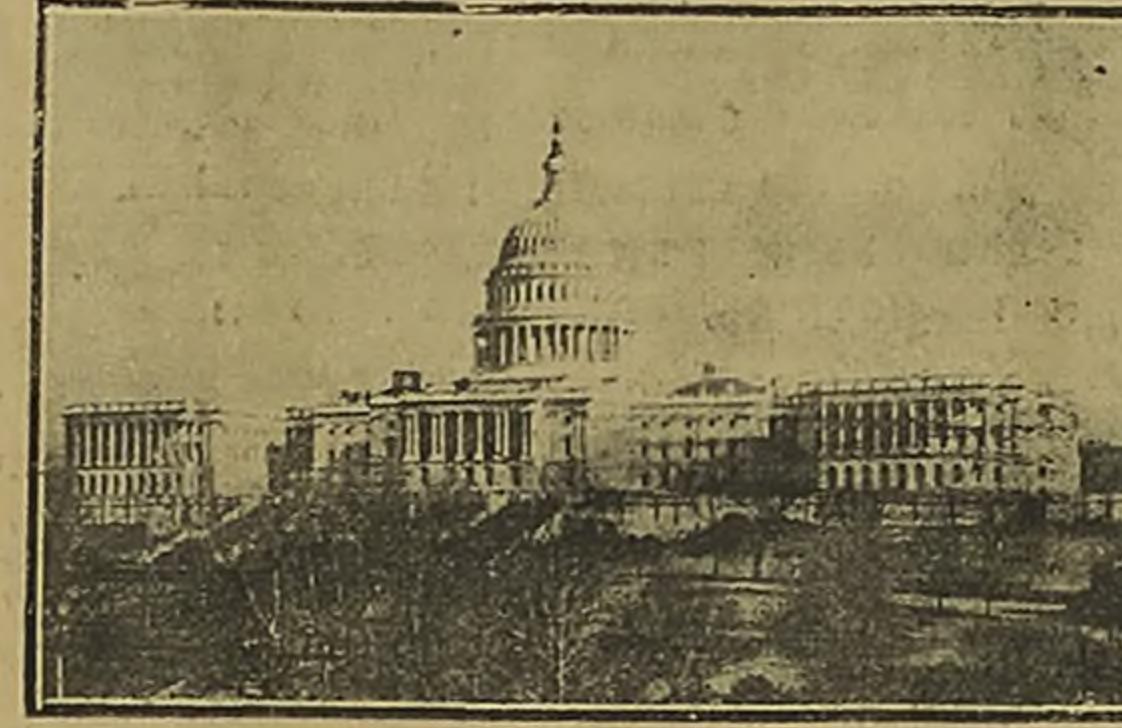


Mr. Gérard, Embajador de los Estados Unidos en Berlín, que acaba de recibir orden de regresar a su país

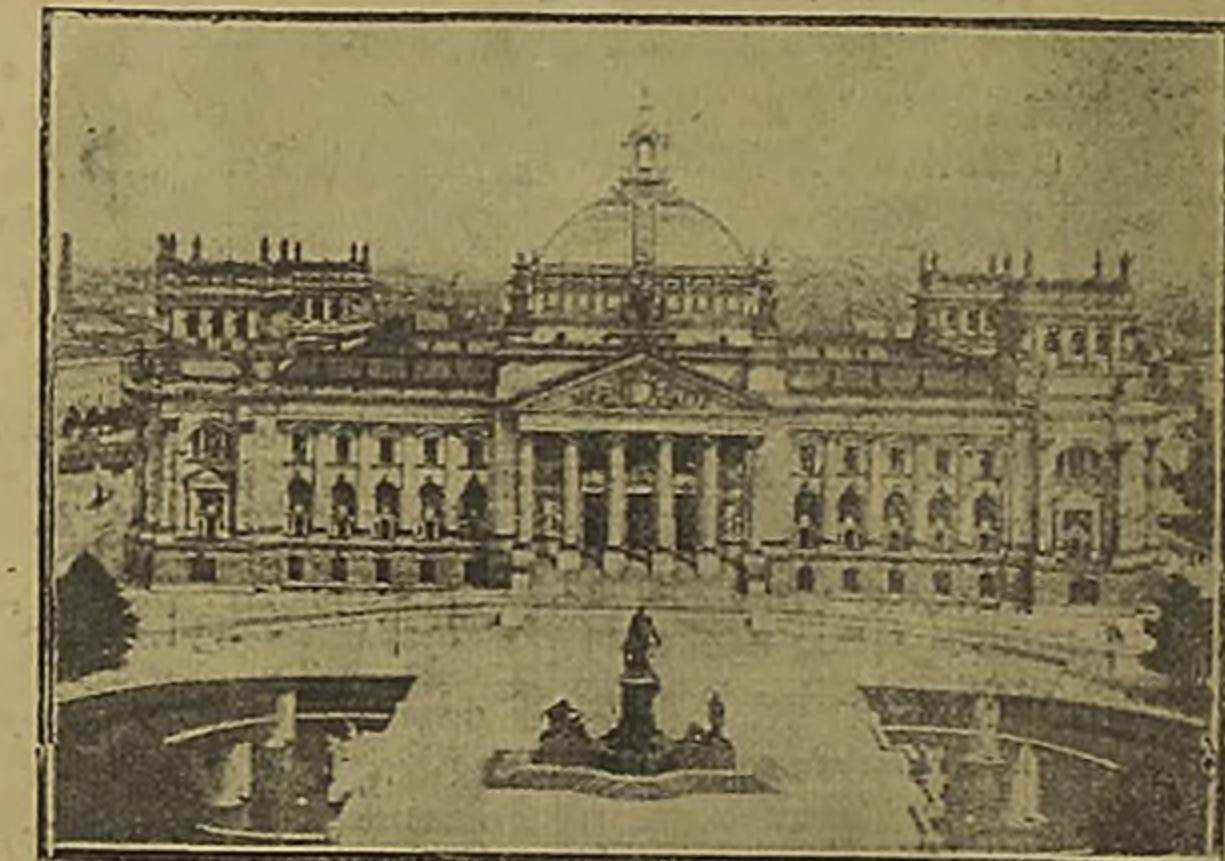


El Conde de Bernstorff, Embajador alemán en Washington, a quien entregó sus pasaportes el Gobierno norteamericano.

Los parlamentos de las naciones en conflicto



El Capitolio de Washington, D. C. a donde se presentó el Presidente Wilson anoche a dar cuenta de la grave situación creada con Alemania.



El Reichstag o Parlamento del Imperio alemán, en la ciudad de Berlín. Frente a este edificio se erigió la estatua de Bismarck.

El Canciller del imperio alemán

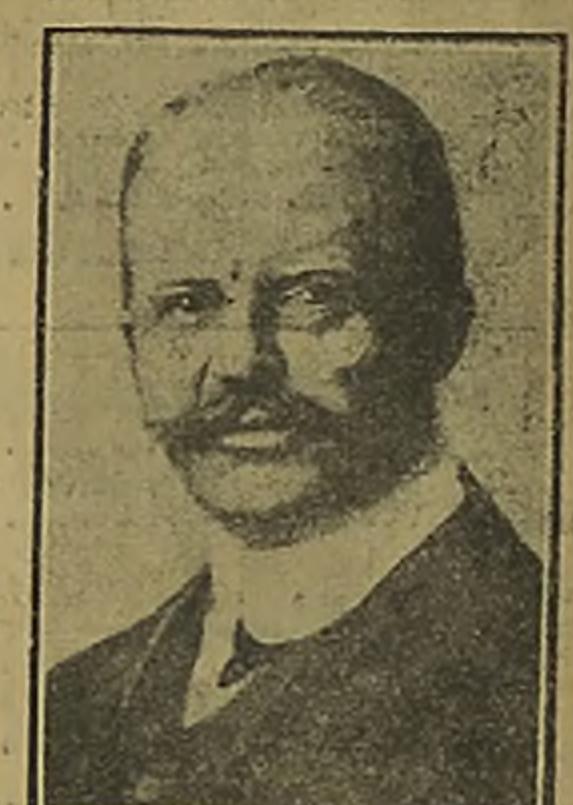


Teobaldo von Bethmann Hollweg, Canciller del Imperio alemán, actualmente, es el único Primer Ministro de las potencias beligerantes europeas que ha permanecido en su puesto desde el comienzo de las hostilidades

Los Ministros de Relaciones de los dos países



Mr. Robert Lansing, Secretario de Estado de los Estados Unidos de América



Mr. Zimmermann, Ministro de Relaciones Exteriores del Imperio alemán.

Una Procuradora General de Estado

se pueden ver admirables bajo-relieves tallados en las paredes gruesas por hábiles escultores de los que hay muchos en el ejército. Del Kronprinz se pueden ver innumerables figuras ridículas. Hay también un hermoso retrato del Generalísimo con una inscripción que dice: "Pajaré Jofré, el Padre de la Victoria".

Después de contribuir a la historia del feminismo con un gobierno municipal desempeñado por mujeres, los Estados Unidos engalanaron hoy sus anales feministas con una procuradora general de Estado, la señorita Clara R. Mozzar, de la ciudad de Dever, Colorado.

La señorita Mozzar es una joven agraciada y una abogada prestigiosa.

Durante varios años, después de brillantes estudios, practicó su profesión y fué designada defensora de pobres y ausentes, puesto del cual pasó al que actualmente desempeña, el de procuradora general del Estado de Colorado.

LA NACION

SANTIAGO, FEBRERO 4 DE 1917

EL CONFLICTO
GERMANO-AMERICANO

El mundo entero habrá recibido a estas horas con profunda consternación la noticia de la ruptura de relaciones entre los Estados Unidos y el Imperio Germano.

El Presidente Wilson ha dispuesto ayer la devolución de sus pasaportes al embajador alemán en Washington, donde Von Bernstorff y debe haber solicitado ya los suyos los representantes de la Unión en Berlín, Mr. Gerard.

Nos habíamos abstenido de comentar la situación creada por la notificación que hizo Alemania a los Estados Unidos, dos días atrás sobre sus propósitos de reanudar la guerra submarina sin restricciones de ninguna especie, tanto por el deseo de esperar informaciones precisas y definitivas como por el justísimo temor de inspirar alarmas exageradas en nuestros círculos financieros y productores.

Consumada ya la temida ruptura de relaciones, sólo tenemos motivo para lamentarla, respetando profundamente el alto y soberano criterio con que los Estados Unidos han adoptado la medida que han creído más conveniente para el resguardo del honor nacional.

El desenlace de la lucha se hace aun más incierto, y al examinar con tranquilidad este problema es imposible desentenderse del temor de que, tanto Alemania al declarar la guerra submarina sin restricciones ni garantías para la navegación neutral, como las potencias de la Entente al adoptar un conjunto de medidas encaminadas a hacer más eficaz su presión sobre su enemigo, estén deslizándose por un pleno peligrosamente inclinado hacia la guerra sin cuartel, acontecimiento el más doloroso y terrible que pudiera deparar el destino a una humanidad que se engullece con la idea de haber avanzado veinte siglos desde la barbarie hacia el desdramatismo de la cultura y la cordialidad de los hombres sobre la tierra.

Es aventurado buscar responsabilidades, ni nos corresponde a nosotros determinar quién dió el primer impulso hacia esta catástrofe. La historia habrá tal vez algún día, cuando la fraternidad universal haya recuperado su imperio sobre los pueblos consumidos hoy por esta fiebre de aniquilamiento mutuo.

En esta orgía de sangre, la figura fría, razoñadora y profundamente bien intencionada del Presidente Wilson, se destaca como el heraldo de otras edades de cordura. Sus esfuerzos por llegar a la paz, por dar término al flagelo que amenaza con despoblar al mundo entero como una calamidad soñada tan sólo por el visionario inmortal de Patmos, arrastran consigo todos los anhelos y aspiraciones de los pueblos que sirven de tristes espectadores de tanta desolación. Seguramente no ha dejado contenidos con su actitud a ninguno de los dos bandos. Pero ha cumplido con su deber, hasta el momento en que el barco de la Unión se va arrastrado por una corriente inexorable al límite mismo del remolino devorador que trataba de calmar.

Si los Estados Unidos entran más tarde a la guerra, se devaneará la última esperanza de la paz universal.

Pero es preciso dejar bien establecido que la ruptura de relaciones no trae como consecuencia forzosa un conflicto armado, como muchos de nuestros compatriotas parecen creerlo. Baste recordar que nuestras relaciones con el Perú han estado cortadas durante ocho años, sin que nadie pensara en una guerra, y que Italia se encontró dieciocho meses en la misma situación con Alemania, antes de confirmar oficialmente el establecimiento del conflicto bélico.

Esta declaración de guerra tendría un carácter aún menos efectivo que la del Japón al Imperio alemán.

Las grandes distancias, la indecisión de la población de los Estados Unidos adversa a la idea de llevar grandes contingentes de tropas a luchar en los campos de Europa bajo el mando de generales extranjeros y la imposibilidad de una compensación efectiva al ajustarse la paz, aconsejan pensar así.

La escuadra norte-americana, no tiene ningún rol que desempeñar tan lejos de su base.

El bloqueo establecido por la flota británica sobre las costas de Alemania llega al máximo, nadie puede perfeccionarlo.

Se argumentaría posiblemente que los corsarios rompen este bloqueo.

Nadie podría impedirlo: el tiempo es el mejor aliado de Alemania en el Mar del Norte y el maravilloso servicio de investigaciones meteorológicas de su Armada le permite aprovecharlo especialmente.

De modo que aparte del establecimiento de un buen número de vapores alemanes internados en sus puertos y de la clausura de los mismos a los risibles viajes de los "Deutschland" o de los "Bremen", la guerra entre Estados Unidos y Alemania, sería absolutamente platónica.

No parecen desear tampoco esta intervención las potencias de la Entente. La reserva que se nota en su prensa, así lo hace pensar. Y esto es lógico si se piensa que el aprovisionamiento de municiones y pertrechos de los aliados en Estados Unidos, en vez de intensificarse, disminuirá en proporción apreciable ante las necesidades bélicas de la Unión.

Para ella y para la Entente el problema se hace aún más complejo: se introducen en una misma combinación intereses contrapuestos a los del Japón y aún a los de Rusia. Lo ha expresado ya un diario inglés.

Se ha dicho de fuerte germanofilia tal vez, que el Japón aprovecharía esta nueva situación para invitar a los Estados Unidos a regularizar la cuestión de la inmigración a Filipinas y Hawái, para solicitar la derogación de las leyes del Estado de California tan duras para el elemento japonés allí establecido.

Surgiría así, en una palabra, un Problema del Pacífico del Norte.

No sabemos qué valor real tienen estas últimas consideraciones. Pero es previsor anotarlas entre los factores del gran debate.

Lo probable es, pues, que los Estados Unidos se limiten a patrullar sus mares y a convocar sus barcos de comercio con navíos de guerra declarando el mismo tiempo cuáles actos de Alemania serían considerados como determinantes de un casus-belli.

Empero, los publicistas alemanes parecen desechar como una posibilidad ventaja el estado de guerra con la gran República del Norte.

Los Estados Unidos lo dirán muy pronto, su veredicto es tan privativo como absoluto. Quiera la Providencia inspirarlo en favor de este último temperamento, que naturalmente los exaltados rechazarán como humillante, pero que es el más práctico y conveniente para la humanidad.

Aún cuando este artículo pague de largo en una columna de por si no muy leída en estos días de indiferencia por los grandes problemas nacionales, miremos un instante el aspecto chileno de este asunto.

Hay motivo para alarmarse: Traerá una crisis para la República el rompimiento entre estas dos potencias?

Muchos parecen temerlo en el público. La mayoría de nuestros colegas es pesimista.

Nosotros estamos distantes de acompañarlos. Pese en favor de nuestras ideas la lección elocuente que nos dió la primera época de la guerra. Estábamos en el caos, en un pánico indescriptible, nos creamos en la miseria ante una guerra que nos trajo como consecuencia inmediata el auge más efectivo que haya tenido Chile desde que alcanzamos nuestra independencia política y judicial con él la promesa halagadora

de conquistar la emancipación económica.

Conviene estudiar con calma y sin precipitaciones perjudiciales este problema. Es evidente que el golpe mortal de Alemania se dirige a aislar a Gran Bretaña y como consecuencia directa a Francia e Italia en sus aprovisionamientos de municiones, pertrechos y víveres.

Privado a estos países del salitre, los presiona de una manera formidable para terminar la guerra. Y el dilema es este: o consigue su objeto y la paz viene en tres o cuatro meses más o las potencias aliadas mantienen su consumo de salitre, organizando grandes columnas de transportes cargados de este producto y convoyados por unidades de su flota de guerra. Volvemos entonces a la costumbre de los pasados siglos en que las fragatas mercantes y los pesados galones que llevaban el tributo de las Indias a los Reyes Católicos, navegaban rodeadas de navíos de tres puentes, erizados de cañones.

Naturalmente los buques, a la vela son los más expuestos al ataque de los submarinos y se requerirán para el transporte del salitre, buques de un andar superior a diez millas. Quedaría el peligro de las minas submarinas, pero un buen servicio como los que sabe organizar el almirantazgo británico, puede subsanar grandemente esta dificultad.

Todo aconseja creer que nuestra expectación de saqueo se perjudicará muy relativamente y por un espacio de tiempo breve, si Alemania consigue establecer las actividades submarinas que anuncia.

Puede también temerse que España y el resto de la Europa, se vean arrastradas a la guerra. Y entonces el comercio entre el Viejo Continente y estos países quedará restringido exclusivamente a nuestra exportación de salitre y artículos alimenticios. Lo demás cesará casi por completo.

Se ha dicho de fuerte germanofilia tal vez, que el Japón aprovecharía esta nueva situación para invitar a los Estados Unidos a regularizar la cuestión de la inmigración a Filipinas y Hawái, para solicitar la derogación de las leyes del Estado de California tan duras para el elemento japonés allí establecido.

Surgiría así, en una palabra, un Problema del Pacífico del Norte.

No sabemos qué valor real tienen estas últimas consideraciones. Pero es previsor anotarlas entre los factores del gran debate.

Lo probable es, pues, que los Estados Unidos se limiten a patrullar sus mares y a convocar sus barcos de comercio con navíos de guerra declarando el mismo tiempo cuáles actos de Alemania serían considerados como determinantes de un casus-belli.

Empero, los publicistas alemanes parecen desechar como una posibilidad ventaja el estado de guerra con la gran República del Norte.

Los Estados Unidos lo dirán muy pronto, su veredicto es tan privativo como absoluto. Quiera la Providencia inspirarlo en favor de este último temperamento, que naturalmente los exaltados rechazarán como humillante, pero que es el más práctico y conveniente para la humanidad.

Aún cuando este artículo pague de largo en una columna de por si no muy leída en estos días de indiferencia por los grandes problemas nacionales, miremos un instante el aspecto chileno de este asunto.

Hay motivo para alarmarse: Traerá una crisis para la República el rompimiento entre estas dos potencias?

Muchos parecen temerlo en el público. La mayoría de nuestros colegas es pesimista.

Nosotros estamos distantes de acompañarlos. Pese en favor de nuestras ideas la lección elocuente que nos dió la primera época de la guerra. Estábamos en el caos, en un pánico indescriptible, nos creamos en la miseria ante una guerra que nos trajo como consecuencia inmediata el auge más efectivo que haya tenido Chile desde que alcanzamos nuestra independencia política y judicial con él la promesa halagadora

de conquistar la emancipación económica.

Conviene estudiar con calma y sin precipitaciones perjudiciales este problema. Es evidente que el golpe mortal de Alemania se dirige a aislar a Gran Bretaña y como consecuencia directa a Francia e Italia en sus aprovisionamientos de municiones, pertrechos y víveres.

Privado a estos países del salitre, los presiona de una manera formidable para terminar la guerra. Y el dilema es este: o consigue su objeto y la paz viene en tres o cuatro meses más o las potencias aliadas mantienen su consumo de salitre, organizando grandes columnas de transportes cargados de este producto y convoyados por unidades de su flota de guerra. Volvemos entonces a la costumbre de los pasados siglos en que las fragatas mercantes y los pesados galones que llevaban el tributo de las Indias a los Reyes Católicos, navegaban rodeadas de navíos de tres puentes, erizados de cañones.

Naturalmente los buques, a la vela son los más expuestos al ataque de los submarinos y se requerirán para el transporte del salitre, buques de un andar superior a diez millas. Quedaría el peligro de las minas submarinas, pero un buen servicio como los que sabe organizar el almirantazgo británico, puede subsanar grandemente esta dificultad.

Todo aconseja creer que nuestra expectación de saqueo se perjudicará muy relativamente y por un espacio de tiempo breve, si Alemania consigue establecer las actividades submarinas que anuncia.

Puede también temerse que España y el resto de la Europa, se vean arrastradas a la guerra. Y entonces el comercio entre el Viejo Continente y estos países quedará restringido exclusivamente a nuestra exportación de salitre y artículos alimenticios. Lo demás cesará casi por completo.

Se ha dicho de fuerte germanofilia tal vez, que el Japón aprovecharía esta nueva situación para invitar a los Estados Unidos a regularizar la cuestión de la inmigración a Filipinas y Hawái, para solicitar la derogación de las leyes del Estado de California tan duras para el elemento japonés allí establecido.

Surgiría así, en una palabra, un Problema del Pacífico del Norte.

No sabemos qué valor real tienen estas últimas consideraciones. Pero es previsor anotarlas entre los factores del gran debate.

Lo probable es, pues, que los Estados Unidos se limiten a patrullar sus mares y a convocar sus barcos de comercio con navíos de guerra declarando el mismo tiempo cuáles actos de Alemania serían considerados como determinantes de un casus-belli.

Empero, los publicistas alemanes parecen desechar como una posibilidad ventaja el estado de guerra con la gran República del Norte.

Los Estados Unidos lo dirán muy pronto, su veredicto es tan privativo como absoluto. Quiera la Providencia inspirarlo en favor de este último temperamento, que naturalmente los exaltados rechazarán como humillante, pero que es el más práctico y conveniente para la humanidad.

Aún cuando este artículo pague de largo en una columna de por si no muy leída en estos días de indiferencia por los grandes problemas nacionales, miremos un instante el aspecto chileno de este asunto.

Hay motivo para alarmarse: Traerá una crisis para la República el rompimiento entre estas dos potencias?

Muchos parecen temerlo en el público. La mayoría de nuestros colegas es pesimista.

Nosotros estamos distantes de acompañarlos. Pese en favor de nuestras ideas la lección elocuente que nos dió la primera época de la guerra. Estábamos en el caos, en un pánico indescriptible, nos creamos en la miseria ante una guerra que nos trajo como consecuencia inmediata el auge más efectivo que haya tenido Chile desde que alcanzamos nuestra independencia política y judicial con él la promesa halagadora

de conquistar la emancipación económica.

Conviene estudiar con calma y sin precipitaciones perjudiciales este problema. Es evidente que el golpe mortal de Alemania se dirige a aislar a Gran Bretaña y como consecuencia directa a Francia e Italia en sus aprovisionamientos de municiones, pertrechos y víveres.

Privado a estos países del salitre, los presiona de una manera formidable para terminar la guerra. Y el dilema es este: o consigue su objeto y la paz viene en tres o cuatro meses más o las potencias aliadas mantienen su consumo de salitre, organizando grandes columnas de transportes cargados de este producto y convoyados por unidades de su flota de guerra. Volvemos entonces a la costumbre de los pasados siglos en que las fragatas mercantes y los pesados galones que llevaban el tributo de las Indias a los Reyes Católicos, navegaban rodeadas de navíos de tres puentes, erizados de cañones.

Naturalmente los buques, a la vela son los más expuestos al ataque de los submarinos y se requerirán para el transporte del salitre, buques de un andar superior a diez millas. Quedaría el peligro de las minas submarinas, pero un buen servicio como los que sabe organizar el almirantazgo británico, puede subsanar grandemente esta dificultad.

Todo aconseja creer que nuestra expectación de saqueo se perjudicará muy relativamente y por un espacio de tiempo breve, si Alemania consigue establecer las actividades submarinas que anuncia.

Puede también temerse que España y el resto de la Europa, se vean arrastradas a la guerra. Y entonces el comercio entre el Viejo Continente y estos países quedará restringido exclusivamente a nuestra exportación de salitre y artículos alimenticios. Lo demás cesará casi por completo.

Se ha dicho de fuerte germanofilia tal vez, que el Japón aprovecharía esta nueva situación para invitar a los Estados Unidos a regularizar la cuestión de la inmigración a Filipinas y Hawái, para solicitar la derogación de las leyes del Estado de California tan duras para el elemento japonés allí establecido.

Surgiría así, en una palabra, un Problema del Pacífico del Norte.

No sabemos qué valor real tienen estas últimas consideraciones. Pero es previsor anotarlas entre los factores del gran debate.

Lo probable es, pues, que los Estados Unidos se limiten a patrullar sus mares y a convocar sus barcos de comercio con navíos de guerra declarando el mismo tiempo cuáles actos de Alemania serían considerados como determinantes de un casus-belli.

Empero, los publicistas alemanes parecen desechar como una posibilidad ventaja el estado de guerra con la gran República del Norte.

Los Estados Unidos lo dirán muy pronto, su veredicto es tan privativo como absoluto. Quiera la Providencia inspirarlo en favor de este último temperamento, que naturalmente los exaltados rechazarán como humillante, pero que es el más práctico y conveniente para la humanidad.

Aún cuando este artículo pague de largo en una columna de por si no muy leída en estos días de indiferencia por los grandes problemas nacionales, miremos un instante el aspecto chileno de este asunto.

Hay motivo para alarmarse: Traerá una crisis para la República el rompimiento entre estas dos potencias?

Muchos parecen temerlo en el público. La mayoría de nuestros colegas es pesimista.

Nosotros estamos distantes de acompañarlos. Pese en favor de nuestras ideas la lección elocuente que nos dió la primera época de la guerra. Estábamos en el caos, en un pánico indescriptible, nos creamos en la miseria ante una guerra que nos trajo como consecuencia inmediata el auge más efectivo que haya tenido Chile desde que alcanzamos nuestra independencia política y judicial con él la promesa halagadora

de conquistar la emancipación económica.

Conviene estudiar con calma y sin precipitaciones perjudiciales este problema. Es evidente que el golpe mortal de Alemania se dirige a aislar a Gran Bretaña y como consecuencia directa a Francia e Italia en sus aprovisionamientos de municiones, pertrechos y víveres.

Privado a estos países del salitre, los presiona de una manera formidable para terminar la guerra. Y el dilema es este: o consigue su objeto y la paz viene en tres o cuatro meses más o las potencias aliadas mantienen su consumo de salitre, organizando grandes columnas de transportes cargados de este producto y convoyados por unidades de su flota de guerra. Volvemos entonces a la costumbre de los pasados siglos en que las fragatas mercantes y los pesados galones que llevaban el tributo de las Indias a los Reyes Católicos, navegaban rodeadas de navíos de tres puentes, erizados de cañones.

Naturalmente los buques, a la vela son los más expuestos al ataque de los submarinos y se requerirán para el transporte del salitre, buques de un andar superior a diez millas. Quedaría el peligro de las minas submarinas, pero un buen servicio como los que sabe organizar el almirantazgo británico, puede subsanar grandemente esta dificultad.

Todo aconseja creer que nuestra expectación de saqueo se perjudicará muy relativamente y por un espacio de tiempo breve, si Alemania consigue establecer las actividades submarinas que anuncia.

Puede también temerse que España y el resto de la Europa, se vean arrastradas a la guerra. Y entonces el comercio entre el Viejo Continente y estos países quedará restringido exclus